

El placer de la lectura*

Héctor Guillermo Alfaro López**

RESUMEN

En las sociedades actuales hay un permanente llamado al placer, como producto del interés económico del sistema capitalista, por lo que la lectura ha caído en esa inercia: se apela a una revalorización del placer de la lectura. Pero ello significa una distorsión tanto de la lectura como del placer que de ella procura. Para evitar esta distorsión es pertinente realizar una crítica a ese tipo de lectura para recuperar su auténtico sentido. Para ello se hace uso del concepto griego *epifanía*, aparición de lo asombroso, que permite dar razón del placer que producen ciertas formas de lectura, las que contribuyen a un mejor autoconocimiento del propio lector.

PALABRAS CLAVE: lectura, placer, gozo, epifanía.

Abstract

As a result of the economic interests inherent to capitalism, in today's societies a permanent calling to pleasure is present. Reading has been affected by this tendency and therefore the reading pleasure has been revalued. This fact represents a distortion of reading as well as of the pleasure it provides. To avoid this distortion it is appropriate to perform a critical review of this type of reading in order to regain its authentic meaning. For this purpose, the concept of epiphany –as the revelation of the astonishing– is used as a term that allows describing the pleasure produced by certain forms of reading, which contribute towards a better auto-understanding of the reader itself. (FRRE)

KEYWORDS: reading, pleasure, enjoyment, epiphany. (FRRE)

Para Elsa M. Ramírez Leyva

Nosotros los condenados a la Alegría, los galeotes del Placer, hemos conseguido construir pequeños infiernos con las herramientas del paraíso.

Pascal Bruckner.

El placer del texto es ese momento en que mi cuerpo comienza a seguir sus propias ideas –pues mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo.

Roland Barthes.

En nuestra opinión, el principal mérito de lo que llamamos el derecho al placer es justamente poder por fin dejar el cuerpo en paz, ofrecerle este florecimiento sin coacciones que sería el signo del progreso. El rechazo de las interdicciones consistiría en esta tregua finalmente decretada entre nuestro cuerpo y nosotros.

Jean-Claude Guillebaud.

* Conferencia magistral impartida el día 11 de octubre de 2006 en la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, dentro del marco de festejos de su 50º. aniversario.

** Investigador del Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F. México. Correo electrónico: galfaro@cuib.unam.mx

La Dirección General de Bibliotecas de la UNAM,
le invita cordialmente a la Conferencia

“El placer de la lectura”

11 de octubre de 2006, 18:00 hrs.

**Sala de Consulta de la Biblioteca Central,
Circuito Interior de Ciudad Universitaria, D.F.**

PROGRAMA

Conferencista

Dr. Héctor Guillermo Alfaro López, CUIB, UNAM

Comentarista

Dra. Elsa Ramírez Leyva, CUIB, UNAM

Moderadora

Dra. Rosamaría Villarello Reza, DGB, UNAM

Se otorgará constancia de asistencia

Informes y registro:

e-mail: difusión@dgb.unam.mx

Teléfonos: 5622.3952, 5622.3970 y 5622.3971

50 años
Biblioteca
Central

Antes de comenzar es del todo pertinente que se haga una advertencia: ¡Cuidado con el placer!

Debemos precavernos contra él, sus efectos son en extremo peligrosos. La historia es fiel testigo de todos los desastres que ha ocasionado. Cualquier precaución es poca cuando se trata de protegerse de la locura y la disipación que produce, sobre todo en su manifestación más incontrastada. Más vale, pues, un aviso a tiempo que cargar con sus disolventes consecuencias durante largo tiempo. El por qué de semejante advertencia en una conferencia que debería ser una apología a la dimensión lúdica, hedonista de la lectura puede parecer un despropósito, cuando no un trasnochado consejo puritano. Y más ahora que por doquier paulatinamente va legitimándose un tipo de lectura nimada por el placer. Frente a estas observaciones incriminatorias de una actitud anacrónica, rebasada por las tendencias actuales he de decir en mi descargo que mi cuestionamiento contra el placer de la lectura va dirigido contra una forma peculiar de ese placer, que espero poder argumentar a lo largo de esta conferencia, mostrando otra perspectiva sobre este tema.



A LA VANGUARDIA DEL CONOCIMIENTO Y DE LA INFORMACIÓN



Qué puede haber de extraño que se hable del placer que provoca la lectura y es más que hasta se haga un elogio cuando consideramos que desde los orígenes de la escritura se ha leído con placer en no pocos casos. No hay nada nuevo en eso... aparentemente. Si afinamos la mirada histórica nos daremos cuenta que *no* siempre se ha leído igual en todas las épocas, es más, en una misma época han coexistido varias formas diferentes de leer, al grado de que en algún momento específico han llegado a ser antagónicas. La lectura es un acontecer histórico y a la vez está determinada por los cambios históricos que viven las sociedades en que se lleva a cabo. Sociedades que por lo mismo pueden definirse como *culturas escritas*, puesto que en ellas la lecto-escritura juega un rol estratégico a lo largo de toda su organicidad social cohesionándola y reproduciéndola.

Las culturas escritas occidentales a través de su historia hasta el ocaso de la Modernidad han privilegiado una forma específica de cómo leer y qué leer, la cual respondía a los movimientos y tensiones de su historia particular. Desde su origen en la cultura griega la civilización occidental privilegió un tipo de racionalidad abstracta que le permitió realizar grandes logros en diversos ámbitos del conocimiento y la cultura, los cuales fueron plasmados en la escritura, lo que permitió que sus restos llegaran hasta nosotros determinando incluso la orientación de la civilización occidental (y hasta la civilización musulmana). Esos conocimientos gestados racionalmente y plasmados en la escritura exigían una lectura que estuviera en consonancia. Un texto escrito con un fundamento altamente racional se complementaba con una lectura asimismo racional, lo que implícitamente implicaba un rechazo a un tipo de lectura hedonista. Cabe señalar que las sociedades occidentales para hacer prevalecer ese proyecto racionalista crearon, en algunos casos desde esa misma racionalidad, una serie de dispositivos que fungían como censuras o interdicciones que ponían límite o encauzaban el placer por vías en las que estuviera controlado y no desbordara. No se trataba de suprimirlo ni mucho

menos hacerlo desaparecer completamente, cosa por demás imposible, simplemente se buscaba colocarlo en el lugar indicado donde no atentara contra el orden racional sobre el que se sustentaban las culturas escritas occidentales, hasta hace no muy poco. De ahí el papel cíclico de las festividades dionisiacas en la antigua Grecia, cuya función específica era la de válvula de escape del placer para después retomar el orden cotidiano. Era el movimiento del orden racional entendido por los griegos como el cosmos que pone límite al caos, en otras palabras, era la predominancia de la razón a partir de limitar y encauzar el placer.

En el terreno de la lectura para llenar esa parte del placer los griegos escribieron poesía, pero sobre todo novelas. El género novelesco floreció ampliamente en el período conocido como *el helenismo*. Las novelas del helenismo hablaban de viajes, aventuras, romances lo que las hizo muy populares: llenaban con creces las necesidades de una lectura del placer. Era un género fabricado para el placer y sólo para el placer. Por lo que era visto por los adustos contemporáneos como un género evasivista, que finalmente llenaba necesidades bastardas. Placer circunscrito a los arrabales de la cultura, donde debía quedarse para no hacer mayor daño. Todas esas lecturas al ser escritas con la finalidad del placer de los lectores implícitamente estaban diciendo que el placer se encontraba en el texto, en las palabras plasmadas en él. Y por un efecto directamente proporcional los ojos que leían transmitían ese placer al lector. En primera instancia el placer estaba en la palabra escrita y sucedáneamente por acto reflejo en el lector. El placer se escribe y se dice, no sólo se siente, incluso una de sus variantes consiste en que para sentirlo hay que nombrarlo, hablar del placer produce deleites inagotables.

El mundo romano y medieval también vivieron esa situación, lecturas serias hechas por y para el conocimiento o, en última instancia, para la elevación espiritual y por el otro lado las lecturas por y para el placer. Novelas eróticas en Roma y novelas de caballerías en la Edad Media eran

El placer de la lectura

el testimonio de la búsqueda perenne del placer en la palabra escrita. Lectores clandestinos: transgresores de la normatividad racional y oficial; libertinos y monjes (o monjes libertinos como se quiera) o simplemente evasores ociosos del orden y la regla se hundían en innumerales e inconfesables placeres que les suministraban los textos placenteros. No importaba que tal escoria de textos sufriera el desprecio de la cultura seria y docta con sus textos abstractos y pretenciosos. Estos textos escritos por y para el placer se han seguido haciendo hasta nuestros días y han continuado conviviendo con los textos serios. Con la diferencia que los textos que invocan el placer de la lectura ya no son aquellos que se relegan a la periferia de la cultura, cada vez adquieren mayor legitimidad, aunque sigan padeciendo de las ambigüedades de la reticencia para aceptarlos en pie de igualdad con los textos legitimados por la cultura docta. Incluso pedagogos, sociólogos, psicólogos, historiadores, bibliotecólogos y demás investigadores se afanan por conocer y explicar esta vertiente de la lectura que se encuentra aureolada por el placer. Con lo que deja de ser un tipo de lectura marginal para alcanzar un reconocimiento legitimador.



Así la lectura hedonista clama por el reconocimiento que le permita estar a la par de la lectura cognoscitiva hecha para el razonamiento. No es gratuito el gran éxito de que goza el libro emblemático de Daniel Pennac *Como una novela* que es un alegato a favor bien fundado y con todas las agravantes de la ley por el placer de la lectura. Inclusive Pennac formula lo que considera son los derechos imprescriptibles del lector, los cuales en realidad son un cuestionamiento de la forma oficial y legitimada de leer los textos escritos para el conocimiento; estos derechos del lector son a su vez un marco de codificación de la lectura hedonista, lo que conlleva a la par de su legitimación, una guía para orientarla y así lograr mayor placer lector, sin cargar a costas la sombra del sentimiento de culpa por disfrutar la lectura ociosa y sin finalidad preestablecida, o sí con una finalidad fijada sobre la marcha: el placer. En suma por doquier se deja ver y escuchar la marcha reivindicativa del placer. Ante tal evidencia ¿a qué viene esa voz discordante, fuera de lugar, que sanciona el placer de la lectura, que tan arduamente tuvo que alcanzar sus derechos de legitimación? ¿No sería mejor deponer censuras y entonar sin crítica una alabanza argumentada del placer de la lectura, a la manera de Daniel Pennac, para que contribuya a su completa aceptación social?

Desgraciadamente frente a un panorama que parece tan claro y resplandeciente se dejan ver nubarrones que oscurecen ese panorama y que impelen a la reflexión y la crítica para dar explicación de ello. Palabras atrás señale que por la posición estratégica que guarda la lecto-escritura en las sociedades de la cultura escrita en la lectura repercuten los movimientos, fuerzas y tensiones que las conforman históricamente a tales sociedades. De ahí la justificación del juego de palabras: no hay texto fuera del contexto que le dio nacimiento o, más simplícidamente, *todo texto es contexto*. A lo que por extensión puede agregarse: toda lectura es con-texto. Si en la actualidad hay una orientación revalorizada del placer en la lectura ello conduce a que nos preguntemos por qué y qué hay detrás de

todo esto. Abramos la mirada para observar con mayor amplitud el problema, no lo centralicemos exclusivamente en el territorio de la lectura, veamos el contexto.

Una de las tendencias definitorias de la era posmoderna en la que la tecnología y la fluidificación de la información y el conocimiento han permitido abolir las barreras del tiempo y el espacio, se ha logrado abrir las puertas a todo un mundo de promesas para la satisfacción de necesidades: la realización de los anhelos y sueños de la humanidad parece estar cerca. Aunque también es imposible soslayar que tal visión del paraíso es recorrida por el galope de los inoportunos jinetes del Apocalipsis, que nos recuerdan que ante cada sueño realizado por la humanidad los costos que se pagan son altos. Este contexto de optimismo ha generado lo que el filósofo Pascal Bruckner denomina como *la euforia perpetua o el deber de ser feliz*, que se ha convertido en una especie de imperativo categórico kantiano de las sociedades posmodernas. Por doquier el mensaje que circula a todo lo largo de las sociedades capitalistas es el imperativo en la búsqueda de la felicidad y con ello lograr el placer concomitante cuando se la ha alcanzado.

El llamado a la felicidad y el placer flota en todas partes seductor diciendo que todos podemos alcanzarlo si nos lo ponemos como objetivo irrevocable que oriente y dirija nuestras vidas. La información que circula a través de la sociedad ya sea de manera explícita o subrepticia lleva ese mensaje. Y para que nada falte hay profetas de toda laya desde los mediáticos hasta los espontáneos que nos muestran el reino de la felicidad y el placer en esta tierra tangible. Profetas de la felicidad que señalan el camino a la tierra de promisión ya sea por medio de los mensajes de superación, de una espiritualidad *light* o de un budismo de bolsillo cuyo índice de credulidad esta medido por el *marketing*. Un ejemplo preclaro de esta estirpe es ese gurú del tercer mundo Paulo Coelho. Aquí podría argumentarse qué tienen de malo toda esa información, esos profetas de la felicidad y el placer si no son más que síntomas del grado de libertad que han

podido alcanzar las sociedades occidentales sobre las que pesaron durante siglos toda una serie de dispositivos de control y censura que las limitaban para alcanzar la felicidad y disfrutar el placer. Ya la felicidad no está en un inalcanzable cielo como lo preconizaba y sancionaba el cristianismo medieval, esta aquí al alcance de la mano. Sin ánimo de paradoja ante esto puede contra argumentarse que mientras más está la felicidad al alcance de la mano más lejos se encuentra de nosotros como lo demuestran las pruebas históricas.

La ilustración instauró la felicidad como un don y un derecho de los ciudadanos, llegando al grado de darle estatuto jurídico como quedó fijado primeramente en el acta constitucional de los Estados Unidos, la cual fue modelo para las posteriores constituciones que proliferaron a través del mundo. Desde ese momento todas esas especulaciones sobre la felicidad que habían obnubilado durante siglos la mente de los filósofos parecían al fin concretarse. Y más aún, se creyó que había llegado a su fin el oprobio de reprimir la felicidad, que daba lugar al dolor, el sufrimiento y la insatisfacción. Así cada individuo tiene el derecho de buscar la felicidad, lo que con el tiempo termina por convertirse en un mandato.

Esa búsqueda libertaria de la felicidad va alcanzar su "completa realización" cuando entronque con la revolución contracultural de los años 60's del siglo xx, cuya vertiente central se plasmó en la liberación sexual, que acabó desembocando en la expansión irrefrenable del placer. La conjunción de las tendencias mentales y espirituales de la Ilustración y la revolución contracultural dejaron de manifiesto los nexos profundos entre la felicidad y el placer. El profeta de esta revolución fue el paradójico psicoanalista Wilhelm Reich, verdadero delirante del placer orgásmico. La oleada de la revolución sexual de la década de los sesentas inundó al mundo occidental cambiando la mentalidad y las formas de conducta, es decir, determinó una nueva manera de entender y sentir el placer, el cual, por todo esto se convirtió en un *desideratum* que había que lograr a toda

El placer de la lectura

costa. El placer, la búsqueda prioritaria del placer, se convirtió en la divisa del hombre liberado y por ende feliz. La realidad comenzó a permearse con el aura del placer; incluso otro de los profetas de la revolución contracultural Herbert Marcuse teorizaba sobre la erotización del trabajo y de la realidad, lanzando feroces argumentos contra el "hombre unidimensional" enemigo declarado del placer.

Las cosas y los seres de la realidad estaban ahí para dar placer, porque los indómitos buscadores del placer tenían la mirada pletórica de hedonismo para proyectarla sobre el mundo que le rodeaba. Lo que por otra parte significaba alejar todo aquello que nublara la satisfacción del placer. A quienes ahora se arrinconó a los arrabales de la cultura en las sociedades (en particular las desarrolladas) fueron el dolor, la tristeza, en síntesis, la muerte... A la par de la afirmación de la felicidad y el placer se da la negación de todo aquello que produce infelicidad y displacer, que hasta antes de la revolución sexual habían sido los estados de ánimo y sentimientos centrales y permanentes, que a su vez eran la condición de posibilidad para que en una fugaz llamarada se manifestaran la felicidad y el placer.

Después de la convulsión inmediata que produjo la revolución sexual el sistema socioeconómico capitalista (e incluso el socialismo en su momento) se recuperó de sus efectos transgresores para asimilarla, encauzando la onda expansiva del placer por los canales mercantiles, para hacer de él un gran negocio. El sistema fomenta el placer como una exigencia del consumo, incluso para dar cumplida satisfacción al hambre de hedonismo va a gestarse la gran industria del placer: prostitución a una escala nunca antes soñada, cinematografía para todos los gustos, accesorios para todos los requerimientos, cualquier tipo de demanda es satisfecha, incluso las desviaciones y aberraciones más extremas, con la oferta adecuada. La mentalidad de tales sociedades esta imbuida por el *principio del placer* (*remember Freud*) que se ha de buscar permanente-

mente, exigencia sobrehumana que se levanta como una loza desmesurada sobre los esforzados galeotes del placer. El sueño se transfigura en pesadilla. La realización en esta tierra, *hic et nunc*, del reino de la felicidad ha pasado una factura muy alta, la instauración de lo que Jean-Claude Gillebaud define como la *tiranía del placer*. Tiranía que oprime a sus súbditos exigiéndoles una voracidad infinita de placer, de lo contrario están condenados a sucumbir en los momentos de desfallecimiento en el hastío y la frustración, detrás de los que se agazapan el dolor y el sufrimiento. La tiranía del placer presiona para que el hedonista alcance el placer a través del consumo salvaje de objetos y seres, con lo que el placer por lo mismo acaba por tornarse intrascendente. Para no hundirse en el profundo *impasse* del dolor hay que seguir consumiendo y desechando cuanto esté a nuestro alcance, todo para satisfacer el imperativo categórico del placer que es la ley de esta tiranía. Felicidad efímera alcanzada a golpe de placer desesperado. La sombra del placer del consumo mercantil es la muerte. Todo ello redundando en una inconformidad perpetua que hace perder el sentido de la realidad y el yo. Los seres y los objetos pierden consistencia, difuminándose en la centrifugación de las sensaciones placenteras consumistas. Lo que pone a estas sociedades al borde de la extinción del deseo.

La liberación sexual al romper los diques de contención del placer eliminó también su factor regulador, las interdicciones. Las censuras y prohibiciones, que se convirtieron en el blanco central de los ataques de la contracultura de los sesentas, no sólo han tenido como función la represión del placer sino que también tienen un rol primordial: regular y canalizar el placer. En la medida que se levantan interdicciones sobre el placer se exagera el deseo por alcanzarlo. El deseo es el impulso vital de búsqueda de un placer que es administrado y suministrado por las censuras y prohibiciones. Al ser prohibidas las interdicciones el deseo se pasma, la búsqueda termina y el impulso vital se extingue: el placer, por su parte, termina girando en el vacío, con lo

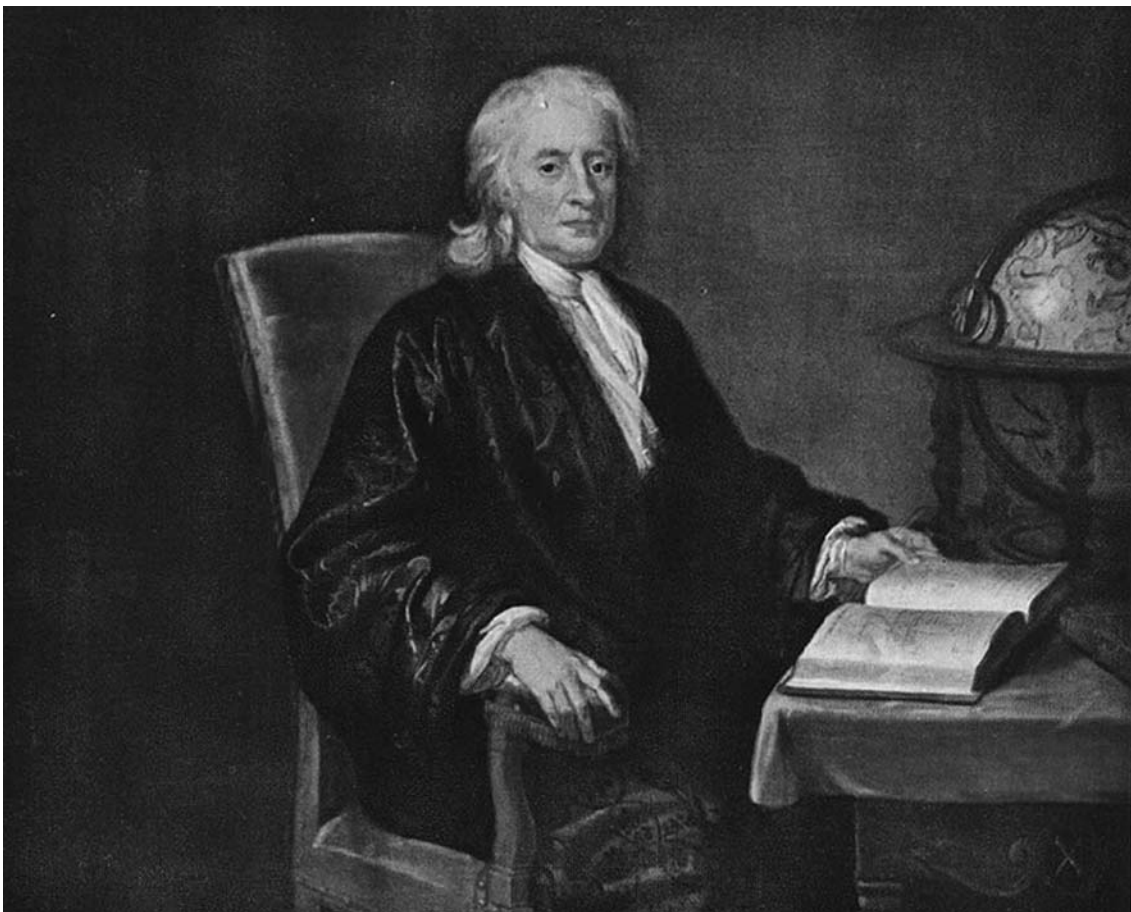




El placer de la lectura

que deja de cumplir su función de satisfactor existencial que da sentido y brillo a los días de las personas. Y aunque esta situación es del todo notoria en los países desarrollados, no se crea que los países subdesarrollados están muy alejados de todo esto. Resumiendo: la revolución sexual de los 60's fue transformada en un consumo codificado, lo que ha permitido que el placer mediatizado, despojado de su fuerza transgresora y transformadora, llene la función de integrador social e individual al sistema mercantil. El placer como se lleva a cabo en las sociedades posmodernas se convierte por tanto en factor de control y reafirmador del sistema de consumo a la par de generar ansiedad y frustración en los individuos que lo buscan prioritariamente y no logran alcanzarlo. Este es el con-texto actual en el que se escribe y se lee el texto.

Al trasluz de lo expresado anteriormente se puede vislumbrar por qué el llamado de alerta contra el placer que se hizo al inicio de esta conferencia. Veámoslo ahora en el terreno de la lectura. El mensaje social posmoderno de ejercicio irrestricto del placer ha penetrado el mundo de la lectura haciendo precisamente que se revalorice el placer de la lectura o en variante la lectura del placer. Con lo que se ha querido acabar con las interdicciones que pesaban sobre este tipo de lectura y que la condenaban a la marginación y la culpa. Hay que buscar el placer en la lectura sin sentir cargos de conciencia, ya no se necesita el amparo de la clandestinidad para entregarse a semejantes deleites. Incluso en ese afán de encontrar placer lector ya no se requiere que el texto llene la condición indispensable de que haya sido escrito ex profeso para el placer: la mirada del lector es la que desborda ansia de placer que es



vertido en el texto que sea. Pero al emprender y comprender así la práctica de la lectura le estamos otorgando el estatuto de simple objeto consumible y que, como cualquier otro objeto mercantil consumido, puede desecharse sin mayores reparos, sin tomar en consideración su diferencia ontológica respecto a los demás objetos. Una vez que la lectura de un libro ha saciado el placer se le desecha, inclusive, se le olvida prestamente (no sólo al libro sino también al texto), para buscar otro libro que satisfaga nuevamente el placer de la lectura y así se puede ir navegando placenteramente en un mar (o en un pequeño lago, hay tamaños para cada competencia) bibliográfico. Como puede deducirse esta forma de lectura fundada en este tipo de placer termina por hacer de ella, en el mejor de los casos, algo intrascendente y, en el peor de los casos, una práctica donde se extravía el sentido del mundo y el yo del lector. Y donde, por supuesto, la felicidad y el placer que en lo profundo nos debería dar la lectura brillan por su ausencia. Lo que finalmente hace que el placer de la lectura se convierta en factor de integración social e individual de los lectores al sistema de consumo mercantil. Con lo que se cierran sus posibilidades de cuestionamiento y transformación social e individual.

Situación que además adquiere una significatividad especial debido a la función estratégica que guarda la lecto-escritura en las culturas escritas, en las que cumple la función de receptáculo y transmisor de todo el conocimiento generado por la colectividad, por lo que se convierte en el índice de medida del avance social y de autolegitimación cultural. Si la búsqueda del placer en la lectura hace perder el sentido en vez de encontrarlo entonces esa colectividad puede dejar de reconocerse en su propia producción cognoscitiva y cultural. Pero si damos de bruces en este callejón sin salida entonces qué alternativa nos queda. Estamos condenados a conformarnos con seguir perseverando en una práctica de la lectura sancionada y seria que se mantenga en sana distancia de esa forma perversa de pla-

cer de lectura o, por el contrario, podemos encontrar otra vía para transitar por el hedonismo en la lectura.

Sin duda la felicidad y el placer han existido siempre, pero no siempre han existido de la misma manera. La salida a semejante alternativa tal vez sea recuperar una forma de placer que en vista del predominio de la actual concepción del placer no vislumbramos con claridad. Aunque el camino para llegar a esa otra forma del placer de la lectura es más sutil y complejo, pero que a final de cuentas vale la pena seguir. Comencemos pues a caminar de la manera más propia para nuestro tema, por el surco de la lectura.

El investigador del análisis del discurso Daniel Cassany para explicar las propuestas definitorias de los tres principales enfoques sobre la lectura utilizó la metáfora de tres planos de comprensión de lectura:

Así, distinguiremos tres planos: *las líneas*, *entre líneas* y *detrás de las líneas*. Comprender *las líneas* de un texto se refiere a comprender el significado literal, la suma del significado semántico de todas sus palabras. Con *entre líneas*, a todo lo que se deduce de las palabras, aunque no se haya dicho explícitamente: las inferencias, las presuposiciones, la ironía, los dobles sentidos, etc. Y lo que hay *detrás de las líneas* es la ideología, el punto de vista, la intención y la argumentación que apunta el autor.¹

Más allá de que estos tres planos de lectura implican vistos en conjunto un proceso de depuración lectora, donde cada uno de ellos es el antecedente preparatorio del siguiente para lograr una mejor práctica de la lectura, son a su vez precisamente la metáfora que ilustra distintos enfoques teóricos de la lectura. Leer *las líneas* se corresponde con el enfoque más sencillo: el lingüístico. Leer *entre líneas* es correlativo a un enfoque

¹ CASSANY, Daniel. *Tras las líneas: sobre la lectura contemporánea*, p. 52.

El placer de la lectura

más elaborado: el psicolingüístico. Por último leer *detrás de las líneas* es propio de un enfoque de extrema complejidad: el sociocultural. Debido a la tendencia fragmentadora y especializada que se da en el conocimiento en la actualidad se estudian estos enfoques por separado lo que redundará en una visión limitada, segmentada y parcial del fenómeno de la lectura, lo que impide comprender toda su riqueza múltiple y compleja. Pero cuando se comprenden estos tres enfoques de manera conjugada y orgánica la práctica de la lectura se torna un fenómeno multidimensional y orgánico, que permite asimismo entender de mejor forma aspectos tan específicos como el rol que juega el placer en el acto de leer. La metáfora de Daniel Cassany muestra la unidad secuenciada que va de lo simple a lo complejo que en el terreno concreto se da entre estos tres tipos de lectura, lo que implica la unidad complementaria entre las propuestas teóricas de los tres enfoques.

En el enfoque lingüístico da por sentado que la comprensión del texto se encuentra en el propio texto, de donde es extraído por la competencia de la alfabetización del lector. Comprensión que se realiza al descodificar las palabras y las frases que articulan el texto. Es claro que para este enfoque el texto tiene el papel activo, mientras que el lector es un receptor pasivo. En enfoque psicolingüístico da el paso adelante donde se quedó el enfoque lingüístico, puesto que considera que la comprensión es producto de la interacción del lector y el texto. La información que proporciona el texto es complementada por la información que proyecta sobre él el lector. Y esto puede hacerlo el lector gracias a que esa información personal se encuentra configurada en un esquema mental, el cual es un entramado de vivencias y conocimientos. Cada individuo a lo largo de su existencia acumula experiencias de todo tipo, son la espuma de los días. Ante cada circunstancia que enfrenta cotidianamente el individuo pone en marcha sus esquemas mentales para resolver de la mejor manera que puede las facilidades y dificultades que se le presentan cotidianamente. Proyecta sobre esa cir-

cunstancia las vivencias y conocimientos acumulados, los cuales a su vez se ven enriquecidos, ampliados o modificados por la situación enfrentada, de esta forma los esquemas mentales se depuran.

De manera análoga el esquema mental actúa en el terreno de la lectura. El lector proyecta sus vivencias y conocimientos sobre el texto que lee, complementando lo que sabía con lo que no sabía que le ofrece el texto, para así alcanzar la comprensión y con ella el significado. Esto es lo que de hecho determina que nos competremos con un texto o que lo rechazemos hasta dejarlo de lado: el texto se me hace accesible y atractivo en la medida en que en mi esquema mental ya tengo algunas vivencias y conocimientos que en el texto están contenidas. Pero si por el contrario no tengo ninguna vivencia o conocimiento previo referido al contenido del texto se me tornará ilegible y acabaré rechazándolo, aún cuando me digan que es un clásico que ninguna persona debe dejar de leer, o sino me hago acreedor al cargo de lesa humanidad de ser un ignorante. La parte de nuevos conocimientos que me ofrece el texto pasa a enriquecer mi esquema mental, que así se amplía y se prepara para leer textos cada vez más complejos y "difíciles". Textos que por supuesto dejan de ser inmediatamente difíciles para tornarse accesibles en la medida que mi esquema mental cuenta con más elementos para leerlos. Aquí tenemos los primeros elementos para entender cómo actúa el placer en la lectura.

Soñamos con aventuras y experiencias nuevas y emocionantes que nos arrebatan del gris de los días, porque nuestra vida es precisamente lo contrario de eso: monótona y rutinaria, aún y cuando la endulcemos con alguna periódica experiencia electrizante. Incluso suponiendo que tuviéramos una existencia en que cada día se nos depararían cosas novedosas y vibrantes no dejaría de ser monótona. La monotonía de la reiteración de lo nuevo termina por hacer homogénea la vida. Es precisamente lo rutinario lo que nos permite apreciar y valorizar los breves fogonazos de lo nuevo y lo distinto que irrum-



pen en nuestros días. Además nos aferramos de múltiples maneras a lo continuo e igual porque nos da la seguridad y la fuerza para llevar a cuestas nuestra vida, lo que nos permite poder soportar y vivir intensamente el momento imprevisto y fugaz. En algunos casos esos momentos imprevistos son precisamente producto de la presencia de la felicidad y del azaroso placer. En medio de la balada rutinaria de la vida cotidiana se abre paso la sonora melodía de la felicidad, que conforme vuelve al silencio deja una estela de placer hasta que se apaga para que la balada continúe entonando su rutinaria salmodia.

Esta forma de placer como se observa se encuentra distante a la manera en como se asume el placer en la actualidad como un imperativo categórico, cuyo trasunto es el placer del consumismo mercantil, no exento de ribetes ideológicos. Pero esos estallidos de felicidad y placer no desaparecen totalmente sin dejar huella, perseveran en la memoria. En esa memoria que conserva, entreteje y recupera las vivencias y los conocimientos, en los cuales por lo mismo rumorea el recuerdo de los momentos felices y placenteros sentidos a lo largo de la vida. De lo que se deduce que en los esquemas mentales queda el rastro de esa sonora luminiscencia que dejó el instante de la felicidad con su estela de placer; a semejanza de esas supernovas que estallaron hace cientos de años cuyo fulgor luminoso atraviesa el espacio sideral mucho tiempo después de su desaparición, como dando prueba de su pasada y radiante existencia. Esa luminiscencia de la felicidad y el placer entretejida en las vivencias y los conocimientos la proyecta el esquema mental del lector



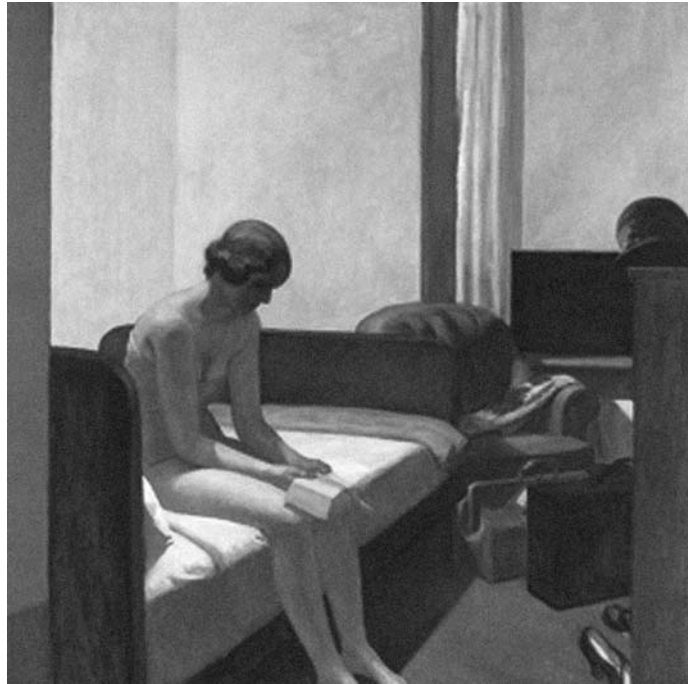
durante su lectura, que será complementado con la parte del placer potencial que susurra en el texto.

En cuanto al enfoque sociocultural parte del supuesto de que la lectura es una práctica tanto social como cultural, lo que significa que el lector y el texto son una construcción de las fuerzas que moldean a las sociedades; por lo tanto la cerrada interacción del lector y el

El placer de la lectura

texto, que propone el psicolingüismo es sólo una parte de un entramado más amplio y vertiginoso. Ningún texto es una entidad trascendente o autónoma que esté más allá del tiempo y el espacio de un contexto específico, por lo que no puede ser escrito ni leído fuera de la circunstancia que lo produjo. De lo que se sigue que el discurso que es plasmado en el texto es una representación que hace la colectividad de sí misma o, más exactamente, de la multitud de voces e instituciones que la integran y que son puestos por escrito por un autor nominal. De manera análoga detrás del lector está la sociedad lectora en su conjunto. Se lee a través de la mirada de la colectividad. Lo que por otra parte nos plantea la cuestión sobre cómo es que se relacionan el enfoque psicolingüístico y el enfoque sociocultural, lo que implícitamente está significando cómo es que se relacionan o interactúan las dimensiones individual y colectiva en la práctica de la lectura. De donde derivamos además la interrogante de la presencia del placer en esa intersección de las dimensiones en la lectura. La respuesta está en los esquemas mentales.

Los esquemas no son sólo marcos mentales que se configuren individual y aisladamente. Las vivencias y los conocimientos son propios de cada individuo pero se constituyen a partir de la relación con los demás, de hecho esa relación es su condición de posibilidad. Nuestras experiencias son resultado de la convivencia con los otros, pero cada uno vive esas experiencias de manera personal. Lo que explica el sesgo individual que toman las voces colectivas al pasar por la escritura de un autor al escribir su texto. El esquema mental del autor, que es un cruce de lo colectivo y lo individual, escribe un texto en el que plasma sus vivencias y conocimientos. Lo que conlleva que en la práctica de la escritura proyecte de una u otra forma esquirlas de los momentos de felicidad y placer sentidos a lo largo de su existencia. Así, pues, por parte de la escritura hay un rumor lúdico que gravita potencialmente en lo profundo del texto, que es actualizado y complementado por el esquema mental del lector. En el esquema mental de



este último circulan entre sus vivencias y conocimientos los momentos de felicidad y placer que sintió en convivencia con los demás pero que él los ha experimentado personalmente. Aclaremos que esto no quiere decir que con el simple acto de complementación entre los esquemas mentales del autor y el lector, de interacción del lector y el texto, durante el proceso de lectura se actualice la felicidad y el placer que se encuentra en ambos extremos, de hecho es algo aún más sutil.

El genio de la lengua francesa ha sabido captar esa sutileza en la palabra *bonheur*, que traducimos al español como felicidad, pero al ser una palabra compuesta tiene un sentido que no puede expresar la palabra española y que manifiesta un aspecto esencial y distintivo: *buena hora*. Felicidad en francés significa etimológicamente el “buen momento”, que por lo mismo es imprevisto y fugaz. Es la hora especial sustraída de la continuidad de las horas rutinarias, homogéneas y poco estimulantes. Es el momento de suerte con la que la vida nos regala sin pedirlo ni esperarlo, simplemente nos toma por asalto y esa sorpresa nos anonada y exta-

sía; dejándonos con la incertidumbre si volverá a cruzarse en nuestro camino la felicidad, por eso para no sucumbir a la desesperanza el sentido común (que no siempre resulta tan común) nos dice que no debemos tenerla como proyecto prioritario ni como finalidad de nuestra vida y mucho menos debe ser un imperativo categórico. Lo prudente es dejar la puerta entornada para que la felicidad entre cuando lo desee. Y algo semejante puede decirse sobre el placer, de hecho esa imprevisibilidad fugaz e incandescente es lo que lo hermana con la felicidad. Es pertinente aclarar que la felicidad y el placer no son sinónimos ni mucho menos sentimientos inseparables, pero en algunos casos se hermanan así como en otros casos se ven con recelo. Desgraciadamente el sentido común que debería recordarnos esto acabó por ser embotado cuando, como ya expliqué, la revolución contracultural (sexual) fue domesticada para ser convertida en objeto de consumo mercantil, lo que hizo de la felicidad y el placer objetos que se ofrecen como meta constante a alcanzar, a consumir, con las consecuencias que ello acarrea.

De manera análoga para lograr que la lectura sea placentera no se debe buscar como misión directriz en ella el placer, porque si no nunca lo vamos a encontrar o lo vamos a frustrar, con la consiguiente pérdida de sentido en y de la lectura. Por el contrario, hay que dejar que en medio de las múltiples, continuas y homogéneas lecturas se presente sorpresivamente. ¿Pero cómo es que hace acto de presencia algo que no se debe de esperar?

Como expliqué a partir de los esquemas mentales del autor y del lector proyectados en la escritura y lectura

gravita potencialmente el placer a lo largo de ese tejido de palabras que es el texto, pero la forma en cómo se actualiza para lograr el placer de la lectura es a partir de lo que denomino como el *instante fugaz de la epifanía*. La etimología de la palabra griega *epipháneia* es "aparición" deslumbrante.² La epifanía consiste en la aparición en medio del fragor de la lectura de una palabra, una oración, un párrafo, un giro lingüístico, una metáfora, una imagen, una idea, un concepto, una historia, una fórmula, una ecuación... o, incluso, por qué no, todo el texto: que en cuanto tal son como descargas luminosas que nos sacuden, que cimbran nuestro ser. Descargas que circulan por la correa de transmisión de nuestro esquema mental galvanizando el placer que en él murmura.

Cuando en medio de alguna lectura surge una de tales fugaces epifanías en nuestro esquema mental se actualizan todas esas sensaciones, recuerdos, emociones y conocimientos felices y gratificantes que hemos vivido dando lugar así al placer de la lectura. En el instante mágico de la epifanía la felicidad y el placer vividos en el pasado se hacen presentes adquiriendo un nuevo esplendor, por lo que no sólo son una mera rememoración, son algo tanto cualitativa como cuantitativamente diferentes. Interacción del lector y el texto nimbada por el placer pasado y presente. Algo que no puede dejar de subrayarse es que la epifanía no sólo desencadena el placer a partir de actualizar el cúmulo de sensaciones gratificantes preexistentes en nuestro esquema mental, también ese placer puede ser consecuencia de que nuestra racionalidad encuentra la satisfacción de comprender con hondura lo que el texto expresa; es el placer intelectual, no sólo sensorial o cor-

² Una definición en que resalta el carácter numinoso del concepto de epifanía nos la da CANNOBIO, Giacomo. *Pequeño diccionario de teología*, p. 113: "En el griego profano ("manifestación"), epifanía es la aparición del soberano en visita a sus súbditos. El término lo utilizan a veces los Setenta para traducir el concepto de "gloria de Dios", que indica las huellas de su paso o, más simplemente su presencia. En el Nuevo Testamento, en las cartas paulinas tardías, se refiere a la entrada de Cristo en el mundo, presentada como la del emperador que viene a tomar posesión de su reino (latín: *adventus*). A partir de este significado el término se usó en Oriente para indicar la manifestación de Cristo en la carne y a continuación, a partir del siglo IX para designar la fiesta de la revelación de Jesús al mundo pagano. Esta fiesta se sigue celebrando el 6 de enero."

12



póreo. Cuántas veces la epifanía de una idea de gran densidad inmersa en un texto no nos procura un gran placer intelectual cuando la comprendemos. De ahí que se pueda decir que el placer circula entre el comprender y el vivir la lectura: placer intelectual y placer sensorial los dos rostros de la lectura placentera.

Ahora bien, el instante fugaz de la epifanía no siempre ocurre, así como tampoco en toda lectura hace acto de presencia. La virtud de la epifanía no es la continua reiteración. Se pueden leer ingentes cantidades de libros y la epifanía sólo hará acto de ausencia, mientras que en el texto menos pensado, que bien puede ser de ficción, de filosofía, de matemáticas, de sociología... puede de improviso manifestarse como un relámpago en medio de la noche. Por eso no hay que buscar como objetivo el placer de la lectura sólo hay que dejarlo que ocurra y concurra cuando sea y la divisa para recibirlo es: disfrutarlo intensamente pero dejarlo ir así como llegó. El verdadero placer de la lectura radica en su imprevisibilidad y fugacidad.

El gran semiólogo Roland Barthes, siguiendo ciertas líneas del psicoanálisis, hizo una fina distinción entre lo que definió como *el placer del texto y el goce del texto*, el primero consiste en aquello que se puede decir, que se expresa y se muestra en todo momento, es el texto que está escrito con placer y que a cada palabra canta el placer; mientras que el segundo es aquel que no se puede decir, es el texto donde la sensación de goce nos invade y para la que no existen palabras para expresarlo, el goce es la atmósfera de lo indecible que flota entre lo que se dice en el texto.³ A partir de tal distinción Barthes consideró que eran algo opuesto y como fervoroso de las palabras que era, apostó fuerte por el placer del texto en contra del goce del texto.

Pero reflexionando con mayor cuidado semejante distinción podemos llegar a la conclusión de que el placer y el goce son complementarios, incluso esa complementariedad puede contribuir a afinar la explicación de cómo se despliega el placer en la lectura.

La epifanía es el punto de intersección en que las múltiples vías del placer pasado y presente (esquema mental: autor-lector) se entrecruzan en el texto, pero como tal es una incandescencia fugaz producto del placer que esa palabra, frase, idea, ecuación... produjo por lo que se difumina inmediatamente, pero la estela perdurable que deja es el goce. El eco del placer es el goce que sigue escuchándose a lo largo de todo el texto, convirtiéndolo en algo disfrutable y no en una agonía. La epifanía hace brotar el placer de la lectura que a su vez se dilata en el goce de cada página leída del texto. Además puede decirse que el goce se prolonga más allá de las fronteras de la obra en que la epifanía generó el placer, y sirve para darnos satisfacción en la lectura de otras obras distintas aunque en ellas nunca se dé la epifanía y es precisamente de ese goce indecible e invisible de las lecturas en conjunto que lleva a cabo el lector que puede dar lugar a esos breves e incandescentes momentos de felicidad, *la felicidad de la lectura*, como soñaba Jorge Luis Borges El Grande.

Por todo esto bien puede decirse que el placer de la lectura jamás ha de ser estimado como una asignatura pendiente que hay que cubrir prioritariamente a riesgo de quedar reprobados en lectura, ni tampoco se le ha de concebir como un subgénero de obligatoria visita dentro de la tipología de la lectura. Simplemente es el


³ "Por otra parte, proveniente del psicoanálisis tenemos un medio indirecto de fundar la oposición entre texto de placer y texto de goce: el placer es decible, el goce no lo es. El goce es indecible, interdicho. Remito a Lacan ("Lo que hay que reconocer es que el goce como tal está interdicho a quien habla o más aún que no puede ser dicho sino entre líneas") y a Leclair ("... el que dice, por lo que dice se prohíbe el goce, o correlativamente, el que goza desvanece toda letra -y todo lo dicho posible- en lo absoluto de la anulación que celebra"). BARTHES, Roland. *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*, p. 35.

El placer de la lectura

obsequio que la vida y la lectura nos brindan en el momento menos esperado para decirnos que podemos ser felices y disfrutar del placer aunque sean fugaces o precisamente porque son fugaces podemos disfrutarlos profundamente. Que finalmente es nuestra breve y leve felicidad, la única que en verdad nos esta permitida a los seres humanos. Entender esto y asumirlo así nos pone en disposición de comprender el sentido que nos da la lectura y que nos permite vernos mejor a nosotros mismos y al mundo. Comprensión del sentido que es en cierto modo un sinónimo de la sabiduría que también nos brinda la lectura para conocer y aceptar nuestros límites y con ello vivir de mejor forma la vida, nuestra vida exclusiva y privilegiadamente humana. Saber esta leve verdad contribuirá a enriquecer nuestro esquema mental para las lecturas por venir.

Antes de concluir no quiero privarme del placer de leerles estas líneas de Pascal Bruckner, que para mí fueron una epifanía (como espero que lo sea para algunos de ustedes también) y que en cierto modo resumen parte de lo expuesto aquí, para lo que yo tuve que proliferar en exceso tantas palabras:

En fin, tal vez haya llegado la hora de decir que el “secreto” de una buena vida es burlarse de la felicidad: no buscarla nunca como tal, darle la bienvenida sin preguntarse si es merecida o si contribuye a la edificación del género humano; no retenerla, no lamentar su pérdida; dejar que siga siendo impredecible, que surja en mitad de un día corriente o que no haga su aparición en las situaciones grandiosas.

En resumen, considerarla secundaria siempre y en cualquier parte porque sólo llega a propósito de cualquier cosa. A la felicidad propiamente dicha podemos preferir el placer, ese breve éxtasis robado al curso de las cosas; la alegría, esa leve embriaguez que acompaña a la plenitud de la vida; y sobre todo el júbilo, que implica sorpresa y elevación. Pues no hay nada que pueda rivalizar con la irrupción en nuestra vida de un acontecimiento o de un ser que nos devasta y nos encanta. Siempre hay demasiado que desear, que descubrir, que amar. Y salimos de escena sin apenas haber probado el festín.⁴ 

Obras consultadas

BARTHES, Roland. *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*. México: Siglo XXI, 2004.

Au bonheur de lire: les plaisirs de la lecture. Daniel Pennac, et al. Paris: Gallimard, 2004.

BRUCKNER, Pascal. *La euforia perpetua. Sobre el deber de ser feliz*. Barcelona: Tusquets, 2001.

CANOBBIO, Giacomo. *Pequeño diccionario de teología*. 2ª ed. Salamanca: Sígueme, 1996. 314 p.

CASSANY, Daniel. *Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea*. Barcelona: Anagrama, 2006. 294 p.

⁴ BRUCKNER, P. *La euforia perpetua: sobre el deber de ser feliz*, p. 216.



CATELLI, Nora. *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*. Barcelona: Anagrama, 2001.

CHARTIER, Roger. *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones*. Barcelona: Gedisa, 2000. 189 p.

COMTE-SPONVILLE, André. *Le bonheur, désespérément*. France: Pleins Feux, 2000.

DIJK, Teun Adrianus Van. *La ciencia del texto, un enfoque interdisciplinario*. México: Paidós, 1996. 309 p.

FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1999.

----- ¿Qué es un autor? En: *Entre filosofía y literatura*. Barcelona: Paidós, 1999. 369 p. Obras esenciales, v. 1.

GUILLEBAUD, Jean-Claude. *La tiranía del placer*. Barcelona: Andrés Bello, 2000. 427 p.

MANGUEL, Alberto. *Una historia de la lectura*. Colombia: Norma, 1999. 477 p.

MONTES, Graciela. *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001. 119 p. Espacios para la lectura.

PENNAC, Daniel. *Como una novela*. Barcelona: Anagrama, 2001. 171 p.

PÉREZ CORTÉS, Sergio. *La travesía de la escritura. De la cultura oral a la cultura escrita*. México: Taurus, 2006. 361 p.

PIGLIA, Ricardo. *El último lector*. Barcelona: Anagrama, 2005. 190 p.

SARTRE, Jean-Paul. *Las palabras*. Madrid: Alianza, 1982. 171 p.

Seminario Lectura: Pasado, Presente y Futuro (2003: México, D.F.). *Lectura: pasado, presente y futuro: memoria del Seminario Lectura: Pasado, Presente y Futuro del 29 de septiembre al 2 de octubre de 2003*. Compiladora Elsa M. Ramírez Leyva. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2005. 207 p.

WINNICOTT, D. W. *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa, 2005.